

El general en su laberinto: Latinoamérica frente a Europa¹

O general em seu labirinto: America Latina frente à Europa

The general in his labyrinth: Latin America in the front of Europe

Maria Soledad Lemos Baladan²

Resumen

En este trabajo presento un análisis sobre la novela *El general en su laberinto*, de autoría de Gabriel García Márquez, publicada en 1989. El objetivo es estudiar la figura del protagonista, *el general*, bajo la luz de algunas de las teorías que tratan sobre la Colonialidad del poder, la Ilustración y la Modernidad, de estudiosos latinoamericanos como Aníbal Quijano, Santiago Castro-Gómez y Bolívar Echeverría. *El general en su laberinto* es una novela de carácter histórico que retoma y aviva los últimos días del libertador Simón Bolívar (1783-1830), uno de los principales líderes de los procesos de independencia política y económica desarrollados en América del Sur, a principios del siglo XIX. Trataré de observar el modo en que *el general* emerge desde las convulsas relaciones de poder que constituyeron la formación de América Latina como un mundo animalizado, exótico, diferente (como sinónimo de anómalo), raro e incivilizado, para revelarse como un otro superpuesto al determinismo ferozmente construido desde las diversas esferas de la ilustración y del imperialismo eurocéntrico.

Palabras clave: América Latina; Colonialidad del poder; El general; Ilustración.

Resumo

Neste artigo apresento uma análise do romance *El general en su laberinto*, escrito por Gabriel García Márquez, publicado em 1989. O objetivo é estudar a figura do protagonista, *o general*, sob à luz de algumas das teorias que tratam sobre a Colonialidade do poder, o Iluminismo e a Modernidade, de teóricos latino-americanos, como Aníbal Quijano, Santiago Castro-Gómez e Bolívar Echeverría. *El general en su laberinto* é um romance histórico que retoma e anima os últimos dias do libertador Simón Bolívar (1783-1830), um dos principais precursores dos processos de independência política e econômica desenvolvida na América do Sul, no início do século XIX. Tentarei observar o modo em que o general emerge das convulsivas relações de poder que constituem a formação da América Latina como um mundo animalesco, exótico, diferente (como sinônimo de anômalo), raro e incivilizado para se revelar como um outro superposto ao determinismo ferozmente construído desde as diversas esferas do Iluminismo e do imperialismo eurocêntrico.

Palavras-Chave: América Latina; Colonialidade do poder; Iluminismo; O general.

Abstract

In this work I present an analysis of the novel *El general en su laberinto*, by Gabriel García Márquez, published in 1989. The objective is to study the figure of the protagonist, the general, in the light of some of the theories that talks about the Coloniality of power, the Enlightenment and Modernity, of Latin American scholars such as Aníbal Quijano, Santiago Castro-Gómez and Bolívar Echeverría. The general in his labyrinth is a historical novel that resumes and revives the last days of the liberator Simón Bolívar (1783-1830), one of the main leaders of the processes of political and economic independence developed in South America, at the beginning of XIX century. I will try to observe the way in which the general emerges from the convulsive relations of power that

¹ Histórico do artigo: O presente trabalho, de autoria de Maria Soledad Lemos Baladan, foi realizado com apoio da Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior - Brasil (CAPES) - Código de Financiamento 001. This study was financed in part by the Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior - Brasil (CAPES) - Finance Code 001.

² Mestranda em Letras pela Universidade Federal do Rio Grande do Sul (UFRGS), Campus do Vale, Porto Alegre, Rio Grande do Sul, Brasil; soletrasmag@gmail.com

constituted the formation of Latin America as an animalized world, exotic, different (as synonymous with anomalous), rare and uncivilized, to reveal itself as an other superimposed on determinism fiercely constructed from the various spheres of enlightenment and Eurocentric imperialism.

Keywords: Coloniality of power; Illustration; Latin America; The general.

1. Introdução

En este artículo pretendo realizar un estudio acerca de la novela *El general en su laberinto* (1989), de autoría del escritor colombiano Gabriel García Márquez (1927-2014), galardonado, en 1982, con el Premio Nobel de Literatura. Dicho autor suele ser adscrito a la corriente literaria del Realismo Mágico, aunque su notable vigor narrativo y su destacada capacidad descriptiva permiten vislumbrar horizontes no encasillables a no ser en moldes maleables; produjo una vasta y pletórica literatura que se nutre de la fantasía, la realidad, el mito, el sueño y el deseo, donde lo irreal adquiere rasgos cotidianos, lo extraño se torna común, lo raro se confunde con lo ordinario y los límites entre el sueño y la vigilia se disipan.

El general en su laberinto es una novela de carácter histórico que recrea y anima los últimos días de Simón Bolívar (1783-1830), uno de los principales precursores de los procesos de independencia política y económica desarrollados en América del Sur, a principios del siglo XIX. La narrativa trata sobre el último episodio protagonizado por *el libertador* – nombre que el propio *general* se adjudica –, coteja el viaje que lo llevó de Santa Fe de Bogotá a la costa caribeña de Colombia para intentar abandonar América y exiliarse en Europa. El objetivo de este trabajo es analizar la novela y principalmente estudiar la figura del protagonista, *el general*, bajo la luz de algunas de las teorías que tratan sobre la Colonialidad del poder, la Ilustración y la Modernidad.

La relevancia de desarrollar este estudio radica, en primer lugar, porque esta narrativa está ambientada en un periodo crucial de la historia, no sólo americana, sino que de la historia occidental, puesto que, su trama se desarrolla en las sombras de la Ilustración que fue un movimiento intelectual, artístico y social que impulsó ideas revolucionarias, las cuales sacudieron las bases sociales hasta entonces vigentes en Europa, como por ejemplo la Iglesia, la Monarquía y el sistema Feudal. En segundo lugar, es importante trabajar esta novela porque aborda un nuevo sujeto que emerge del truculento mosaico que representan las relaciones entre Europa y América, entre colonizador y colonizado, entre blanco y no blanco (negro, indio o mestizo); El general no es un hombre europeo, sino americano, indudablemente, influido por la filosofía europea, que se revela contra un sistema de pensamiento opresivo y

depredador para librar una guerra en la cual sale victorioso y logra demostrar que posee una capacidad de pensamiento, una estrategia bélica y un sistema de ideas que pueden significar la autonomía y la libertad de su patria. Bolívar al establecer una guerra con la Corona española desafía las leyes hasta entonces vigentes y lucha bajo el lema "Libertad o Muerte". La trama revela, pues, al libertador en decadencia, un hombre enfermo y repleto de sueños y de ideas que, rodeado de las cenizas de su gloria, de traidores y enemigos, contempla las ruinas de su sueño por la unidad de los pueblos americanos.

Este artículo se fundamenta en estudiosos como Bolívar Echeverría (1941-2010), que en su trabajo *Acepciones de la Ilustración* (2010), a partir de un punto de vista latinoamericano, observa que la Ilustración defiende un conjunto de ideas y criterios que definen un concepto de humanidad occidental europea, que no abarca la totalidad de las civilizaciones existentes; es decir, rotula los demás mundos convergentes -subestima y elimina sus modos de vida-, apoyado en dicotomías: superioridad / inferioridad, dominador / dominado, racional / irracional. Desde su análisis, la Ilustración, en pocas palabras, fue una maniobra utilizada por la civilización europea (dotada de poder para subyugar a otras menos fuertes), en un intento de llevar a todos los rincones del mundo –bajo el feroz argumento de la razón como único instrumento de producción epistémico– unas sapiencias, esto es, unos conocimientos que debían ser aprendidos por el bien de todos y, básicamente, para la fortuna del imperialismo europeo.

También utilizaré como soporte teórico el artículo *Filosofía, ilustración y colonialidad* de autoría del profesor Santiago Castro-Gómez (1958), en el que presenta la tesis de que la filosofía de la ilustración europea, del siglo XVIII, contribuyó de modo decisivo a la constitución y legitimación de una visión imperialista sobre el mundo, que proclama a Europa como la civilización humana más avanzada; es decir, este modo de pensamiento permitió que se desarrollara un sistema de clasificación jerárquico entre las diversas culturas del globo y las diferentes formas de producir saberes. Otro teórico que será abordado es Aníbal Quijano (1928 – 2018), que en su ensayo *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina* (2000), explica que con la llegada de los españoles en América, en 1492, no sólo la globalización, el capitalismo y la colonización surgieron, pero también la idea de raza, criterio que bastaba para realizar, toda una división y organización social a partir de escalas valorativas, en que la raza blanca era superior y, por lo tanto, tenía derechos y privilegios sobre las demás. Considerando los criterios expuestos buscaré analizar la novela *El general en su laberinto*.

2. *El libertador, América frente a Europa:*

Lo que interesa aquí es apreciar de qué modo el general, un hombre genuinamente heredero de la tradición europea en todo el sentido de la palabra, descendiente de colonizadores, hijo de señores de la aristocracia caraqueña, perteneciente a una de las familias más adineradas de América y con una educación muy calificada para la época, emerge, desde el seno de su formación, como un revolucionario y admirador de su patria -no apenas Venezuela, sino que América Latina-, suelo en el que proyecta grandes hallazgos de independencia y de una presunta unidad latinoamericana. Bolívar traza un proyecto de potencia política, económica y bélica que no llega a realizar en su totalidad, pero que le permite transitar por caminos, hasta entonces, inimaginables para el continente colonizado. Cabe destacar que la formación del general estuvo centrada, primero en la escuela pública en que tuvo como maestro a Simón Rodríguez, una figura clave para su desarrollo posterior, además concurrió a la Academia de Matemáticas en la que también estudió historia y cosmografía. Luego, en 1797, ingresó en el Batallón de Milicias de blancos de los Valles de Aragua. De allí, en 1800, cuando contaba con dieciséis años de edad fue trasladado a Europa para darle continuidad a sus estudios.

Durante su estadía en el Viejo Mundo contrae matrimonio con María Tereza Rodríguez del Toro y Alayza y, en 1802, regresa a Caracas con su fugaz esposa, puesto que, esta muere en enero de 1803 de “fiebres malignas”. Tras esta irreparable pérdida, Bolívar regresa a Europa, específicamente a París, donde se ve influido por la revolución francesa y por la enigmática figura de Napoleón Bonaparte. Además, reencuentra allí a su antiguo maestro Simón Rodríguez y tienen la ocasión de intercambiar ideas acerca del escenario político europeo y americano; también realizan un viaje por Italia y su maestro le orienta a leer a los clásicos y a cultivarse en los diversos ámbitos del conocimiento universal. En este sentido, puedo afirmar que el segundo viaje que emprende Simón Bolívar a Europa es decisivo para su formación filosófica y política y para su futuro como libertador, porque en ese momento se compromete frente a su maestro a luchar por la libertad de su tierra.

Los datos expuestos aparecen más o menos superpuestos en la novela, inexactos en cronología, obedecen a la densidad de la memoria del libertador o a la voluntad del narrador omnisciente que no participa de la historia, pero sabe los detalles, los sentimientos y pensamientos de su protagonista y, en algunos casos, de los demás personajes. García Márquez con indiscutible destreza dibuja a los ojos del lector un general de carne y hueso, desmitificado de sus más plenas y heroicas hazañas, en decadencia por no creer justa para su

pueblo la idea de tornarse emperador o dictador y, sumergido en sus pesares, al sentirse traicionado, se ve obligado –aunque bajo su propia voluntad– a exiliarse. Otro hecho que queda plasmado es que el general gasta casi toda su fortuna para financiar las guerras por la libertad y la independencia. En el relato surgen dos personajes fundamentales, no tanto de relevancia política, pero sí en el plano personal y cotidiano, son estos José Palacios su servidor más antiguo y leal y Manuela Sáenz, la que fue su amante durante ocho años, que abandonó a su marido para seguirlo (mientras él lo quiso), que luchó a su lado (y en una ocasión le salvó la vida) y que siempre respetó sus decisiones. Además surgen sus edecanes y amigos militares con los cuales el general mantiene una relación cordial, pero que no siente total confianza. Desde la realidad amarga que experimenta antes de su presunta partida a Europa, el general recuerda con melancolía, a lo largo de su trayecto, los éxitos de un pasado glorioso, vital y distante que se condensan apenas a través de la memoria porosa, traicionera y turbulenta.

Entre líneas la novela refleja un hombre que con deliberada inteligencia se nutre del pensamiento europeo, se revela contra el poder central que representa la corona española y traba una lucha por la independencia de Latinoamérica –todo esto, no sin el apoyo de los Ingleses–. Para desarrollar este estudio es importante considerar que, siguiendo a Echeverría (2010), la ilustración se caracterizó por una ruptura en la tradición del pensamiento humano, en el que el sujeto se auto-emancipa como centro y dueño de la razón. Este deja de estar sometido a un poder dominante ubicado en lo otro, en la religión, en el caos (o en la naturaleza) y, contradictoriamente, pasa a estar subordinado bajo un poder semejante pero ubicado en sí mismo. No se puede ignorar que, como bien advierte Quijano (2000), Europa es un continente que se construye a partir de la existencia de América; o sea que, sin éste la noción de aquél como potencia mundial no sería posible. ¿Por qué? Pues porque, a partir de la llegada de los españoles a América, el imperio europeo logra trazar un nuevo mapa geográfico, un nuevo sistema de mercado, una escala evolutiva entre los seres humanos y además consigue riquezas naturales -hasta entonces escasas o desconocidas- con una enorme facilidad. Estos factores contribuyen para que el hombre europeo se designe a sí mismo como superior, que coloque a su tierra como un centro de poder y establezca una relación desigual con el Nuevo Mundo. A partir de sus hazañas expeditivas y luego coloniales, las cuales surgen en el siglo XV, comienza a gestarse una crisis en el pensamiento filosófico hasta entonces vigente, que desemboca en la ilustración del siglo XVIII; como resalta Quijano

(2000), los europeos al llegar a América y ver a los humanos que aquí habitaban, se preguntaron no quiénes son, sino ¿qué son, son humanos?

Luego del descubrimiento del Nuevo Mundo, de nuevas gentes, de nuevos animales, de una nueva naturaleza, el hombre blanco se vio con muchas razones para creerse de hecho el centro del mundo y el estadio final de una escala de evolución del ser humano. Para fundamentar esta tesis hubo toda una tradición de filósofos implicados, como explica Castro-Gómez a través de lo que él denomina *Hybris del punto cero*. Surge también una nueva forma de ver el orbe y afirma que entre 1492 y 1700 se produce un colapso con respecto al modo en que la naturaleza era entendida anteriormente, no apenas en Europa, sino que en todas las civilizaciones del hemisferio. O sea, el hallazgo del “conquistador” al pisar una tierra aún no conocida por él y simultáneamente, el hallazgo de demostrar con su llegada a América la existencia de un mundo desconocido para las civilizaciones americanas, produce una crisis en el entendimiento sobre el concepto de mundo y del sistema de vida. Frente a este panorama, el colonizador que poseía algunas tecnologías más avanzadas que el resto de las civilizaciones, se adjudica el derecho de definir, moldear y civilizar a eso “otro” que ya no es la naturaleza, sino otros humanos que, en una escala construida por el europeo y bajo sus criterios, son catalogados como inferiores y por tanto, deben ser adoctrinados, civilizados, bautizados, etc. En otros términos, la colonización se justifica a través de la idea de la propagación de valores.

Es así, bajo el feroz argumento de expandir la razón, y no sin aventajarse, que el hombre blanco da inicio a sus expediciones coloniales y trae consigo su religión, su modo de pensar, su sistema de mercado y su espada. Como destaca Echeverría (2010), la ilustración se encuentra en el centro del conflicto que experimenta el ser humano en su separación (casi instintiva y) violenta de la naturaleza. De modo que, el sujeto al percibirse y al tener consciencia de su existencia necesita autoafirmarse, poner nombres a lo que constituye su universo, colocar orden al vacío, a lo otro que no pertenece a su “especie”; esto fue lo que intentó hacer el hombre europeo al llegar a América, en vista de que, significar el mundo desconocido le permitiría trascender, construirse y autoafirmarse. Desde luego y sobre esta lógica, lo desconocido, el otro representa una amenaza y, por lo tanto, el colonizador trató de dominarlo. Echeverría (2010) resalta todavía que, en términos antropológicos, el hombre representa una interrupción del desarrollo de la armonía natural y vislumbra, simultáneamente, el inicio de una era violenta que se fundamenta en el instinto de sobrevivencia; lo que yo llamo aquí de genoma de la ilustración, el cual según Echeverría

(2010), surge y se basa en los criterios de la violencia ontológica como mecanismo de estabilidad y conocimiento del sujeto con respecto a lo otro, a lo desconocido.

El mencionado instinto de autoafirmación del hombre se condensa en una idea de conservarse, dicho con otras palabras, de construir una identidad que debe ser repetida como signo de afirmación de la existencia y de autoconservación de sí mismo con respecto al mundo. Esta forma de pensar al ser humano recuerda un concepto de Nietzsche sobre la voluntad de poder (NIETZSCHE; 2002), la cual se constituye por dos ejes dinámicos que son los valores de conservación y aumento. La voluntad de poder es siempre ir más allá, es trascender, para el filósofo alemán la vida es voluntad de poder, el sujeto para conservarse debe ejercer su poder de dominio sobre lo otro, el cual debe mantenerse en aumento y esto es lo que ha hecho el ser humano, desde tiempos remotos, para perpetuarse. Por lo tanto, bajo este punto de vista, el ser humano, por naturaleza, trata de garantizar su existencia estableciendo un orden y un cierto dominio sobre los espacios habitados y circundantes. Echeverría (2010) destaca todavía que el hombre crea los mitos para explicar el cosmos; o sea, el sujeto, desde tiempos remotos crea sus “verdades” como forma de autoafirmación, para interpretar y comprender la realidad. Es decir, la lógica de razonamiento de la ilustración ya estaba presente en la humanidad antes de que el sujeto proclamara la razón humana como fundamento de todas las cosas y como medio de producir un conocimiento que pudiera construir un “mundo mejor”.

Siguiendo esta línea de pensamiento y considerando que la genealogía de la ilustración esté presente en las civilizaciones desde tiempos remotos, queda en evidencia que la ilustración moderna (una vez legitimada bajo la luz de la razón humana) se nutre del combate a la naturaleza, al mundo mítico, (o a cualquier civilización que sea diferente o considerada inferior). Por ejemplo, la ciencia se opone a prácticas que incluyen sacrificios humanos como medio de someter a la naturaleza y explica desde la razón el porqué de la aberración de tales rituales; pero, contradictoriamente, la ilustración no se exime de investidas violentas –e incluso más desarrolladas que las practicadas por las (llamadas) “civilizaciones bárbaras”– para expandir su razón y su sistema capitalista, y así dominar al otro, es decir, a las demás civilizaciones que, claro está, bajo este argumento, representan una amenaza. Este sometimiento sufren todas las naciones menos fuertes que las que representan un centro de poder.

De modo general, podemos observar que la ilustración moderna entra en escena junto con el capitalismo y ambos conforman un sistema totalitario y uniforme que se expande

ejerciendo su dominio por el mundo occidental, Europa y sus colonias. De acuerdo con Quijano (2000), la llegada del europeo a América, no implica apenas un inicio simbólico del capitalismo, de la colonización y de la globalización, sino que además, introduce la idea de raza, criterio que bastó para realizar una división y organización social a partir de escalas valorativas, en la cuales, la raza blanca era la superior y, por lo tanto, tenía derechos y privilegios sobre las demás. Según Quijano, durante los siglos XVI y XVII las poblaciones americanas que, a fines del siglo XV, variaban en rasgos culturales y sociales pasaron por diferentes procesos; primero de genocidio y los sobrevivientes por el segundo, de negación de su identidad, y tercero, de aculturación a la nueva cultura occidental imperante. En cortas palabras, pasaron de ser diversas civilizaciones a ser: indios, independientemente de sus particularidades. Por otra parte, con los negros esclavizados ocurrió exactamente lo mismo que con las poblaciones indígenas, fueron traídos de diversas regiones de África y, simultáneamente, pasaron por diversos procesos de negación de sus orígenes o culturas y al cabo de unos años eran todos negros –sin historia–.

Quijano (2010) establece la noción de colonialidad, la cual busca demostrar que la historia depende de un factor diferente de las particularidades biológicas de cada individuo (de lo que se llama raza) y trata, por lo tanto, de crear una subversión epistémica para deconstruir las verdades secularizadas por el eurocentrismo acerca de los espacios que no forman parte del “centro”. Este concepto responde a un esfuerzo filosófico que se condensó específicamente durante el siglo XVIII, en la ilustración moderna, en que muchos de los pensadores construyeron criterios científicos para clasificar las razas humanas y sus peculiaridades; este sistema de clasificación no tardó en verificar que la raza superior de la “especie humana” era la blanca. Como explica Castro-Gómez (2018) a través de una especie de síntesis filosófica sobre la cuestión racial, Locke (1632-1704), fue uno de esos filósofos y consideró que los “indios de América” debían ser colocados en la escala más baja de la humanidad. Hume (1711-1776), en sus estudios postuló que, entre las diversas civilizaciones existentes en el globo, no ha habido una relación de desarrollo simultáneo, puesto que las civilizaciones de América no poseían las mismas herramientas o tecnologías que los europeos, ni habían desarrollado un sistema de trabajo y mercado (como medio generador de riquezas), ya que los americanos se contentaban con producir lo suficiente para la alimentación.

Por otra parte, Turgot (1727-1781), en su filosofía realiza una reconstrucción racional sobre la evolución del hombre y defiende la hipótesis de que la naturaleza humana es una

so. Por lo tanto, deja en evidencia que la civilización occidental se desarrolló de modo más rápido, pero que sin duda, atravesó la edad primitiva que experimentaban los indios; también destaca que éstos solamente podrían avanzar en el momento en que pudieran desarrollar un lenguaje más complejo y un sistema de escritura, para que así pudiesen surgir las ciencias y las artes. En concomitancia, Kant (1724-1804), estaba seguro de que el hombre debía ser visto como parte integrante del reino natural y, por tanto, era un objeto de estudio; para estudiar al hombre, dicho filósofo establece una división, siendo esta: la *geografía física* que estudia la naturaleza corporal del hombre, desde una mirada sobre sus determinaciones externas como medio ambiente, raza, fisionomía etc. Y la *antropología pragmática* que estudia la naturaleza moral del sujeto desde una mirada dirigida a su capacidad de superar el determinismo de la naturaleza física para elevarse al plano de la libertad.

Fundamentado por estos criterios, Kant va a clasificar a los hombres en cuatro razas, siendo estas: la raza blanca (europea, superior a todas las demás), la raza amarilla (Asia), la raza negra (África) y la raza roja (América). Es indispensable resaltar que los filósofos citados coincidían en ciertos puntos; verbigracia, que el hombre ontológicamente busca autoafirmarse y para tanto utiliza el trabajo y un sistema de mercado para mantenerse en paz y protegerse de las demás civilizaciones, en este caso, afirman que las civilizaciones americanas aún no poseían un sistema “sofisticado” de mercado relacionado a la producción y acumulación de riquezas. También están de acuerdo en que las civilizaciones americanas se encuentran en un estado “antiguo” de desarrollo con respecto al resto de las poblaciones y principalmente, al mundo europeo, por lo que, estas son vistas como primitivas.

Catro-Gómez (2018), todavía resalta que de acuerdo con Heidegger (1889-1976), la ilustración como sistema de pensamiento jugó un papel clave en la expansión colonial del imperio europeo, puesto que, el hombre racionalista al buscar una mirada alejada, centralizada y científicista del mundo, lo que Castro-Gómez (2018) llama *la hybris del punto cero*, crea una imagen, ya no de su alrededor, de su territorio, sino que del mundo. El cambio en la cosmovisión le permitió al colonizador ver todo lo ajeno a él como naturaleza y, bajo ese principio, trató de moldearlo, transformarlo y civilizarlo para trascender –no sin la excusa de otorgarle a las civilizaciones dominadas la “verdad” inteligible del mundo y subestimando la barbarie que el proceso civilizatorio implica–. Sumado a esto, la mirada global del mundo posibilitó expandir el sistema capitalista de mercado, que articulado desde los criterios creados por la ilustración, le resultó siempre favorable al europeo, ya que, desde su llegada a América pudo relacionarse con los nativos desde una perspectiva de desigualdad; esto es, de

poder y dominación. Siendo así, la colonización y la ilustración fueron de la mano, funcionaron como agente potencial una de la otra.

Después de este recorrido teórico, es necesario tratar de preguntarse ¿a qué mundo pertenecía el general? Ya no al de las civilizaciones autóctonas, claro está; tampoco al de los genuinos conquistadores, sino que a una realidad resultante de constantes enfrentamientos, choques y contra choques. El general fue un sujeto fruto de un proceso histórico y filosófico que, ingeniosamente, se apropió de la sabiduría, de los recursos y de su afortunada posición como descendiente de europeos para llevar a cabo sus objetivos. Simón Bolívar fue un hombre con mestizo que superó la antropología pragmática Kantiana, que venció el determinismo de la naturaleza física para elevarse al plano de la libertad. El mestizaje del general radica, no tanto en sus particularidades físicas, más sí en su particularidad inherente como perteneciente al mundo americano. Sus peculiaridades filosóficas, su singularidad política y su forma de ver un destino triunfante para su nación –continental– lo condujeron a ser un líder militar y político intachable. El general logra sus heroicas batallas y la independencia de los pueblos americanos porque se encuentra desde su nacimiento en una posición de poder, pertenece a la aristocracia, posee una acaudalada fortuna y bebe en las vertientes filosóficas europeas (las únicas consideradas como saber sólido en la época), pero no sin un pensamiento crítico subversivo sobre las implicancias de esos saberes. En su segundo viaje a Europa, como bien ilustra la novela, Bolívar se siente atraído por Napoleón Bonaparte y retorna de allí con la idea de una revolución por la libertad de su pueblo; otro factor que impulsó al general fue la independencia de Estados Unidos.

Cabe resaltar que las guerras por la independencia no habrían tenido lugar si hubieran partido de las masas, sin un líder militar, político y económicamente fuerte como lo fue Simón Bolívar. Éste por su parte, utilizó sus poderes para importar de Europa los ideales de una república que pudiera fortalecer a Latinoamérica y a su vez pudo contar con el apoyo de las masas tras las promesas de mejorar las condiciones de vida y de erradicar la esclavitud. Indubitablemente, el general, más allá de representarse a sí mismo, frente al panorama mundial, representa también un conjunto de hombres de su misma clase que al igual que él creían en la independencia de la corona española, ejemplos de ello fueron algunos de los que lo acompañaron en su lucha como José de San Martín y Antonio José de Sucre. Ambos surgen en la novela y este último pulula en la trama como digno de toda la confianza del general y es además quien este desearía ver como presidente de Colombia. Por su parte, Sucre no acepta la silla presidencial del general puesto que decide aventurarse en los caminos del

amor junto con su esposa y su hija recién nacida; frente a esta decisión el general con descontento se ve obligado a renunciar a la presidencia y a retirarse del país.

La astucia del libertador para hacer su revolución y para buscar la unión latinoamericana –que nunca se concretó–, se hace presente en el momento en que éste adopta el mismo mecanismo que Europa para gobernar. A saber, se apropia de las luces de la ilustración, sólo que en vez de esperar que la civilización llegue desde el centro a la periferia, él va a buscarla y bajo la implementación de la guerra (del mismo modo que Europa se ha constituido a lo largo de la historia), pone en marcha su proyecto civilizatorio, en busca de la libertad y de una república. Por consiguiente, las guerras por la independencia cobraron muchas muertes, como bien lo manifiesta el general en un almuerzo en que está presente un francés:

(...) Durante la guerra a muerte yo mismo di la orden de ejecutar a ochocientos prisioneros españoles en un solo día, inclusive a los enfermos en el hospital de la Guayra. Hoy, en circunstancias iguales, no me temblaría la voz para volver a darla, y los europeos no tendrían autoridad moral para reprochármelo, pues si una historia está anegada de sangre, de indignidades, de injusticias, ésa es la historia de Europa. (...)

(...) Así que no nos hagan más el favor de decirnos lo que debemos hacer”, concluyó. “No traten de enseñarnos como debemos ser, no traten de que seamos iguales a ustedes, no pretendan que hagamos bien en veinte años lo que ustedes han hecho tan mal en dos mil (...) Por favor, carajos, déjenos hacer tranquilos nuestra edad media. (GARCÍA MÁRQUEZ; 2004. p. 130-131).

Este pasaje demuestra el modo en que el general le quita la centralidad a Europa, y a ese hombre superior que desde que llegó a América trató de proponer un orden, de establecer unas reglas y de forjar una política que le beneficiase. El general reviste a América y al sujeto americano de un papel protagónico y justifica los errores y horrores que se hayan cometido en beneficio de la independencia, en vista de que, como bien lo argumenta, Europa no es ejemplo de paz, ni de modelo político a ser seguido, pues su historia está matizada de episodios sangrientos, uno de ellos fue el genocidio de las civilizaciones americanas autóctonas. El libertador no ignora los detalles de la historia europea, del mismo modo en que tampoco olvida que durante los tiempos en que los pueblos americanos fueron colonia, nunca experimentaron abundancia o un sistema político equitativo, siempre las relaciones fueron desiguales. Además, con deliberada ingeniosidad Simón Bolívar se coloca también en relación desigual con Europa al decirle al francés (que en ese momento representa al europeo), que dejen a los americanos vivir su medioevo en paz, o sea se coloca, no en una relación de inferioridad, pero de diferencia cronológica. Sin lugar a dudas, las guerras americanas dejaron, no sólo muchos muertos, sino que además, muchas pestes, hambre y

desolación, asimismo, nada de lo que sembraron las batallas representaron un panorama que el pueblo americano en su mayoría ya no lo hubiera experimentado durante el periodo en que estuvo subyugado a la colonización.

Por añadidura, el general en su conversación con el francés deja por sobreentendido la famosa frase de Maquiavelo (1469-1527), el fin justifica los medios. O sea, no importa la barbarie que haya costado la independencia, la república y la dignidad americana de ser reconocida como una tierra libre, como una civilización desconectada política y económicamente del centro; lo que importa es haberlo logrado y poder mostrarse como un otro no subyugado, sino que un otro con la misma capacidad de aventurarse en el despiadado mundo depredador que simboliza el capitalismo y la globalización. Aristóteles tiene una célebre frase que dice: si quieres la paz, prepárate para la guerra, esta es una bella forma de resplandecer la condición antigua de la ilustración, expresada desde lo más básico de la naturaleza que explica Echeverría. O sea, es necesario tener un ejército bien pertrechado para la guerra, no tanto para entrar en batalla, sino que para mantener una fuerte amenaza que haga titubear al enemigo. Esto recuerda, por su vez, a Thomas Hobbes (1588-1679), que sentencia que el hombre es el lobo del hombre, o sea su peor enemigo, el hombre es la peor amenaza que existe para el hombre, la humanidad ha creído poder dominar la naturaleza, la ha moldeado y ha transformado todo lo que está a su alcance, pero su peor amenaza continua siendo su propia especie. Y, como lo demuestra la historia, desde este punto de vista me atrevo a afirmar que la mayor amenaza del hombre es el hombre revestido de pretensiones de superioridad que niega su propia naturaleza y que hasta ahora se ha presentado bajo la idiosincrasia de blanco, dominador, colonizador, civilizado y muchos otros adjetivos de ese orden, que pueden definir lo que ha representado históricamente la colonialidad del poder.

Es, pues, así que la emancipación americana funciona, bajo la misma lógica del centro, tomando como antídoto para sus males el veneno del hombre superior, puesto que sin esta forma de procesar el pensamiento no habría revolución posible. En esta tradición se fundamenta el temple del general y su guerra, claro está, siempre en alianza con Inglaterra; tanto que, según Feimann (2013), la unión de América Latina no fue posible porque a Inglaterra no le interesaba ayudar a constituir una nación cinco veces más extensa territorialmente que Europa, ya que no le era conveniente fortificar y vitalizar un territorio que podría convertirse en una potencia que representara una futura amenaza para el imperio. Estos datos no aparecen en la narrativa, pero nos permiten entender los conflictos que pululan en su

desarrollo y además la tristeza con la que el general contempla la insolvencia de sus aspiraciones.

Para poder comprender por qué los ideales del general se derrumban es necesario ir más allá de la novela, y considerar que, según Feimann (2013), las oligarquías hispanoamericanas querían romper con España para adquirir la libertad de comercializar y de tejer relaciones políticas con otros países de Europa y así subirse al “tren del progreso” tan prometido por la globalización y por el capitalismo. Frente a este panorama, puedo discernir que a Inglaterra le era conveniente apoyar las guerras por la independencia puesto que tenía interés en comercializar con estos países. Por otra parte, las oligarquías acomodadas tampoco querían incomodarse demasiado, por lo que la independencia de España ya les servía para satisfacer sus ambiciones comerciales; es decir, no les interesaba continuar reuniendo esfuerzos para crear una federación porque ese proyecto –a largo plazo– representaba una amenaza para sus ambiciones inmediatas. Dicho de otro modo, una vez lograda la independencia, los intereses comunes entre América Latina comenzaron a disiparse y asomaron ambiciones políticas y económicas que no englobaban la colectividad y que imposibilitaron el gran proyecto que Simón Bolívar tenía en mente.

Frente este panorama, es posible observar que el general representa un sujeto imbricado en todo el sistema de pensamiento político y filosófico europeo, que se revela con sus mismas armas trabando una lucha desigual por la igualdad de derechos y por el reconocimiento de sí mismo como un ser humano que se constituye por la diferencia frente al “modelo” de hombre que se teje desde el punto central de poder. Sus ambiciones no le permiten ver la razón por la cual su sueño de unidad fracasa, basta observar su pensamiento: “América es un medio globo que se ha vuelto loco” (2004; p.77). El libertador no consigue razonar el por qué una tierra tan vasta y extensa no puede ser poderosa y unida, olvida quizás, que lo que le falta al pueblo americano es la madurez de la independencia y el desengaño del “tren del progreso”. No se puede ignorar que el futuro posterior a la independencia fue establecer el libre comercio con Inglaterra que, lejos de ofrecerle posibilidades de crecimiento económico a los países de Latinoamérica, le ofreció como consecuencia una subyugación económica, debido a que, estos países, al no buscar ningún tipo de proteccionismo en sus producciones, acabaron por dedicarse a una economía unilateral, puesto que, se sometieron a elaborar una única mercancía. Es decir, monocultivos, productos brutos a cambio de productos industrializados, en este sentido es que podemos decir que Inglaterra era el taller del mundo, o sea, compraba los insumos (sin valor agregado) para industrializar diversos

artículos que luego los vendía a un valor más costoso. Eso conllevó a que los países de Latinoamérica en vez de subirse al “tren del progreso”, se mantuvieran en la pobreza y sin un desarrollo inmediato.

En la novela el general hace referencia en más de una ocasión a Humboldt (1769-1859), un investigador prusiano que dedicó su vida a la ciencia y gastó su fortuna en viajes por el mundo como explorador; entre tantos destinos, estuvo en América para estudiar la naturaleza, la geografía, la antropología, la etnografía, etc. En sus incursiones recolectaba materiales, escribía apuntes y luego todo era llevado a Europa, la cuna del saber, para ser estudiado y analizado. El surgimiento de este personaje en la novela permite advertir los feroces motores de la ilustración en marcha, en que América era un campo de investigación y de exploración y en que la ciencia era el único método válido de sabiduría que medía, organizaba y categorizaba el Nuevo Mundo desde un laboratorio ajeno a este y, simultáneamente, más poderoso. El general surge como un admirador de Humboldt y lo que más le sorprendió de este estudioso fue

(...) la certidumbre de que las colonias españolas de América estaban maduras para la independencia. Lo había dicho así, sin un temblor en la voz, cuando a él no se le había ocurrido ni siquiera como una fantasía dominical. “Lo único que falta es el hombre”, dijo Humboldt.

El general se lo contó a José Palacios muchos años después, en el Cuzco, viéndose quizás a sí mismo por encima del mundo, cuando la historia acababa de demostrar que el hombre era él. (...) (GARCÍA MÁRQUEZ; 2004. p. 103).

Es notable que la narrativa rompe con la dicotomía que históricamente se presenta entre civilización y barbarie, puesto que, deja evidente entre sus líneas la violencia civilizatoria y la contradicción que representa la libertad, una libertad que en definitiva continúa dependiendo del imperio tan abnegado y opresor. Además, queda evidente que la única forma de revelarse contra el sistema es formar parte de su engranaje, es valerse con sus mismas herramientas y mostrarse diferente en las singularidades intachables que tornan “científicamente” al pueblo americano –desde una visión eurocéntrica– más arraigado a la naturaleza y, por lo tanto, distante de la civilización. Igualmente, cabe apreciar el modo en que la ruptura sobre la noción de diferencia entre América y Europa se instaura, ya que Humboldt por ejemplo, un estudioso que vivió en tierras americanas, consigue tener una visión descentralizada sobre este continente y afirma su solidez política como para proclamar la independencia. En contrapunto, todos los filósofos expuestos anteriormente por Castro-Gómez, trataron de teorizar sobre América y sus gentes, sin conocerla, apoyados en

materiales historiográficos y subjetivos, sin una fuente de datos real y palpable. El general se siente atraído por Humboldt, pues lo advierte como un sujeto desvestido de pretensiones imperialistas y al igual que él, un aventurero que sueña con un mundo mejor. Por añadidura, Bolívar se adivina, en contrapunto a los conocimientos de Humboldt como el hombre, revolucionario lo suficiente, para ser vanagloriado por la historia y recordado por sus heroicas batallas en nombre de la libertad americana.

Toda historia es contada por el vencedor o, mejor aún, por quien tiene el poder para contarla, es así, pues, que la historia del general ganó diversas interpretaciones. Lo cierto es que el general ganó varias batallas y llegó a ser presidente y libertador de Colombia; protector y dictador del Perú; y padrino de Bolivia, pero no atañó su principal objetivo y, desde luego, su figura desde la vereda del imperio fue vista no sin cierto perfil jocoso. Marx (1818-1883), en un artículo publicado en el tomo III de *The New American Cyclopaedia*, que se titula *Simón Bolívar y Ponte, “el liberador”*, en el año de 1858, relata que el general era un mito de la fantasía popular y lo tacha de libertino, sanguinario, desbordado, reforzando la idea eurocéntrica de que Europa es la racionalidad y de que América es el desorden, la irracionalidad y el caos. Marx proyecta, entonces, sobre el héroe libertador una imagen festiva, describe sus tropas y al propio general como muy entregado a los festejos, a la alegría, a lo dionisiaco y a la embriaguez por los éxitos que, paulatinamente, logró en el campo de batalla. De hecho, esos episodios de libertinaje son apuntalados por García Márquez como parte de la trayectoria del general en sus enfrentamientos y andanzas, tanto que, la narrativa trasluce en más de una ocasión que el general no cayó en emboscadas que pretendían su cabeza, justamente, por no haber pasado la noche en sus aposentos. El principal ejemplo de ello, que ilustra la narrativa, es cuando él se encuentra con Miranda en una noche furtiva. Ella lo atrajo a una cita para evitarle la muerte que le tenían planeada sus traidores y enemigos; en la prosa que desarrollaron, al notarla tan informada sobre sus asuntos el general le dijo:

(...)“Está usted mejor informada que mis espiones” (...)

“¿Y por qué no pensar más bien que soy una de sus espionas?”, dijo ella.

Él no lo entendió hasta las seis de la mañana, cuando volvió a su casa y encontró a su amigo Félix Amestoy, muerto y desangrado en la hamaca donde él hubiera estado de no haber sido por la falsa cita de amor. Lo había vencido el sueño mientras esperaba que él volviera para darle un mensaje urgente, y uno de los sirvientes manumisos, pagado por los españoles, lo mató de once puñaladas creyendo que era él. Miranda había conocido los planes del atentado y no se le ocurrió nada más discreto para impedirlo. (GARCÍA MÁRQUEZ; 2004. p. 87).

Es posible notar que García Márquez con deliberada habilidad le da vida a los hechos que posiblemente habrán cotejado la vida del general y también a los mitos que con el general encontraron efervescencia para nacer, más que por sus heroicos actos que puedan haber bullido en boca de intelectuales americanos, por el constante prejuicio de los doctos europeos que con precipitados juicios han siempre desembocado en el menosprecio hacia los pueblos que un día tuvieron la suerte de colonizar para, como bien ha dicho Quijano (2000), constituirse desde una perspectiva binaria. Por otra parte, hay que considerar que esta novela es de carácter histórico y como acertadamente manifiesta Jesús G. Maestro (2018), no se puede desconsiderar que la historia y la literatura son, como la guerra, dos prolongaciones de la política. La literatura permite reflexiones críticas que a veces la historia no ha permitido, o no ha conseguido o no ha podido establecer. La literatura de carácter histórico constituye un discurso, digno de tal libertad, capaz de taladrar a la historia en sus puntos débiles para desmitificar aquellos hechos que se han implantado como falsos en el relato histórico de determinados acontecimientos. Justamente, esto es lo que hace García Márquez al desmitificar a Simón Bolívar y al mostrarlo desde su punto más humano, desde sus debilidades, desde su enfermedad, dicho crudamente: desde su lecho de muerte.

3. Juicio General

A partir de la lectura de *El general en su laberinto* (2004), fundamentada bajo los criterios expuestos que versan sobre la ilustración y la colonialidad del poder puedo percibir que tanto Europa como América son nociones que se han constituido una como espejo distorsionado de la otra. Ambas son dos mundos convergentes que se han edificado en constante tensión y subyugación por parte del primero sobre el segundo. La ilustración moderna, que como bien explica Echeverría (2010), no es más que el resultado de un impulso natural del hombre en poner orden al caos y al vacío que representa el más allá del universo conocido, es uno de los argumentos clave que impulsa la subyugación del pueblo americano al dominio del hombre europeo. A este proceso se le suman ambiciones políticas y económicas y, como ha afirmado Quijano (2000), se establecen relaciones desiguales que se legitiman fuertemente en una idea de raza que, junto al sistema capitalista, atraviesa los siglos de dominación, de colonización, de descolonización, de colonialidad y llega a nuestros días, aún vigente, la idea de que la blanquitud y la economía son sinónimos de superioridad, de sabiduría, de poder, etc.

Bajo estos conceptos, *El general en su laberinto* es una narrativa que rompe, en un punto clave, con la opresión que el pueblo latinoamericano sufría bajo el dominio de la corona española. Precisamente, la narrativa muestra un general que emerge desde las convulsas

relaciones de poder que constituyeron la formación de América como un mundo animalizado, exótico, diferente (como sinónimo de anómalo), raro e incivilizado que debe ser, por lo tanto, conducido al buen camino por la mano del buen hombre civilizado. El libertador surge desvestido de sus atuendos de héroe, pero asimismo, entre líneas es retratado un Bolívar bien amaestrado por la civilización europea, tanto que, sus ambiciones son semejantes a las imperialistas, sueña con grandeza para su tierra y quiere hacer de Latinoamérica una potencia capaz de devorar al imperio que la forjó como inferior y que la subyugó.

La novela demuestra, a rasgos generales, que si bien América Latina es otro mundo muy diferente a Europa y con capacidad para auto emanciparse de su papel periférico, el único camino para la sublevación es el camino trazado por la tradición colonizadora que nos constituye; o sea, las gentes que habitan las tierras que alguna vez fueron colonias no pueden eximirse de su papel periférico, la lógica para arrebatar el poder eurocéntrico es razonar bajo sus mismos criterios, sumergirse en sus tradiciones filosóficas, políticas, económicas, históricas, etc. y desbaratarles la centralidad desde la deconstrucción de lo que ellos han construido como conceptos incuestionables. Para deconstruir las ideas dicotómicas tan arraigadas y nocivas que presumen la superioridad / inferioridad de unos sobre otros, es necesario producir nuevas verdades aún más sólidas e indestructibles, Bolívar las construyó a través de la guerra y en alianza con Inglaterra. Actualmente, como bien ha mencionado Quijano (2000), debe ser mediante una subversión epistémica lo necesariamente fuerte para poder romper con la idea de colonialidad y de superioridad, entre unos sujetos en oposición a otros, que aún se sigue gestando desde las redes sociales, desde los escaparates, desde la televisión, desde la educación, desde la globalización en su sentido más abstracto y en el más cotidiano.

Referencias

CASTRO-GÓMEZ, Santiago. *Filosofía, ilustración y colonialidad*. Disponible en: <<http://studylib.es/doc/6164557/filosof%C3%ADa--ilustraci%C3%B3n-y-colonialidad-santiago-castro>>. Último acceso em: 27 jun. de 2018.

ECHEVERRÍA, Bolívar. *Modernidad y blanquitud*. Tlalplan, Ciudad de México. Ediciones Era. 2010.

FEIMANN; José Pablo. *América Latina, filosofía y colonialismo*. Filosofía aquí y ahora – cap. 1,2,3 y 4. Temp. 4. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=YmaSx3p5rec>>. Último acceso en: 30 de jul. 2018.

GARCÍA MÁRQUEZ, Gabriel. *El general en su laberinto*. Buenos Aires : Debolsillo. 3ª ed. 2004.

MAESTRO; Jesús. G. *Crítica a Elvira Roca Barea, 6 Relatos Ejemplares 6: Ana de Sajonia*. Disponible en: <<https://www.youtube.com/watch?v=8HYWI1HxJlc&t=7s>>. Último acceso el: 31 de jul. de 2018.

MARX; Karl. *Simón Bolívar y Ponte, “el liberador”*. Artículo publicado en el tomo III de **The New American Cyclopedia**. Escrito en enero de 1858. Apareció en la edición alemana de MEW, t. XIV, pp. 217-231. Digitalizado para MIA-Sección en Español por Juan R. Fajardo, y transcrito a HTML por Juan R. Fajardo, febrero de 1999.

NIETZSCHE; Friedrich. *La gaja Ciencia*. Editorial EDAF. 2002.

QUIJANO, Aníbal. *Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina*. Buenos Aires. Taller de Gráficas y Servicio. 2000.